AMOR Y CELOS HACEN DISCRETOS

TIRSO DE MOLINA

Freeditorial

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

- **Margarita, la DUQUESA de Amalfi**
- **VITORIA, su hermana**
- **Don PEDRO de Castilla**
- **CARLOS, gran mariscal**
- **PRÓSPERO, duque de Capua**
- **RUGERO, duque de Placencia**
- **ROMERO**
- **CRIADOS.**

ACTO PRIMERO

Salen VITORIA y don PEDRO

PEDRO: Ama el conde en competencia
de Próspero y de Rugero,
duque de Capua el primero
y el segundo de Placencia;
y aunque en Nápoles es Carlos
gran mariscal, como Amor
es cuerdo hijo del Temor,
viendo al rey patronizarlos
intercediendo por ellos
con vuestra hermana, frecuenta
papeles, por cuya cuenta
corre su esperanza en vellos.
Lo que os ama manifiesta
el que os duda merecer.
Uno vuestro llevé ayer,
y ahora vuelvo la respuesta.
Perdonad al mensajero
que obedece a su señor.

VITORIA: Sois vos solicitador
eficaz, aunque extranjero
y el conde habrá conocido
el agrado con que leo
las cifras de su deseo,
que han por él intercedido.
Yo os confieso que un papel
bien escrito y estudiado,
ni por oscuro afectado,
ni por prolijo crüel,
es eficaz diligencia
para toda pretensión.

PEDRO: Si escribió a satisfacción
el conde de vuexcelencia,
vuele ya su amor gigante,
sin que temor le consuma.

VITORIA: Es desempeño la pluma
de la lengua en el amante.
Hace poca estimación
de su prenda quien presente
se atreve a ser elocuente
y no muestra turbación;
pues en fe de cuán poco ama,
si es todo amor frenesí,
quien puede estar tanto en sí,
mal podrá estar en su dama.
Mas quien por palabras muda
letras, ya por los poderes
habla en ojos bachilleres
y calla la lengua ruda.
La ausencia puede mostrar
por escrito, si es discreto,
pues no habiéndola, en efeto,

no está el alma en su lugar.

PEDRO: Vuestra discreción alabe
quien tenga lengua posible,
pues discreta y apacible
juntáis lo tierno a lo grave.
Si el conde os envía dos
mañana, ¿leeréislos?

VITORIA: Sí,
como él los escriba ansí,
y como los traigáis vos.

Vase don PEDRO. Salen la DUQUESA y PRÓSPERO, en el fondo. Quédase VITORlA, a un lado, leyendo un papel

PRÓSPERO: Faltos están de favor
mis cortos merecimientos
y alienta mis pensamientos
Fernando, el rey mi señor,
que ésta escribe a vuexcelencia,
y en ella sola confía
mi pretensión.

DUQUESA: Dicha es mía
que para tal competencia
me haya dado el cielo hermana,
de tanto príncipe empleo.
Si ella admite mi deseo
y conoce lo que gana,
señor duque, en estimaros,
sin la recomendación
que trae vuestra pretensión
tendrá ventura en amaros,
reconociéndoos por dueño,
sin que Fernando lo mande;
que es él protector muy grande
para empleo tan pequéño.
Yo, duque, la advertiré
de lo que gana en serviros.

PRÓSPERO: Ponderadla mis suspiros,
exageradla mi fe,
decid que el alma la adora,
que en ella mi amor se emplea,
y que Capua la desea
por su duquesa y señora.

Vase PRÓSPERO

DUQUESA: (Si yo a Vitoria quisiera **Aparte**
menos, ya pudiera ser
que como hermana y mujer
envidia a su amor tuviera.

¡Hay tal instancia de amantes!)

VITORIA: (¡Qué buena ponderación! **Aparte**
¡Qué sazonado renglón!)

Sale RUGERO

RUGERO: Aunque haya llegado antes,
duquesa y señora mía,
Próspero recomendado
del rey de quien es privado,
no por eso desconfía
mi pretensión, si es que alcanza,
como es justo, a vuexcelencia;
que la cordura y prudencia
consisten en la tardanza.
El gran duque de Milán
ha tomado por su cuenta
mi amor y ampararle intenta.
¿Quién duda que suplirán
sus favores lo que en mí
falta en méritos? En ésta
mis deseos manifiesta.

Le da una carta

¿Quién dudará que vencí?

DUQUESA: Fío yo de la cordura
de mi hermana, que sabrá
conocer cuán bien le está
el no perder tal ventura.
Yo, duque, le advertiré
lo que se me encarga aquí.

RUGERO: Interceded vos por mí,
como ofrecéis, y saldré
del mar de tanto desvelo
al puerto de mi quietud.

DUQUESA: Veréis mi solicitud
muy presto. Guárdeos el cielo.

Vase RUGERO

DUQUESA: (Basta, que no hay potentado **Aparte**
en Italia, que no intente,
de mi hermana pretendiente,
juntar al nuestro su estado.
No sé si afirme que tengo
envidia.)

VITORIA: (Extraña eficacia
tiene un papel, si con gracia
se escribe. Yo me entretengo
en el presente de suerte,
que a su dueño amo por él.)

DUQUESA: ¡Vitoria!

VITORIA: De este papel
partícipe quiero hacerte,
hermana y señora mía
porque alabes la sazón
de su autor.

DUQUESA: En ocasión
que por amor o porfía
todos perdidos por ti
buscan reyes valedores
cuyas cartas y favores
vienen a parar en mí,
si con tanta inclinación
su dicha el que ves concierta
y han cerrado ya la puerta
a tu determinación
sus letras, no será justo
alarde de estas hacer;
porque, ¿quién se ha de oponer
contra cohechos del gusto?

VITORIA: El mío, como se rige
por el tuyo a quien ha estado
sujeto y subordinado,
alaba, pero no elige;
que no fuera eso pagar
amor que obligarte puede
a que yo tu estado herede,
sino quererte enojar.
No hagas de lo dicho caso;
que si por esto te enojas,
mi inclinación y estas hojas
ansí se castigan.

Va a romper la carta

DUQUESA: Paso;
que no lo digo por tanto,
ni como piensas me quejo
que cuando a Amalfi te dejo
y doy a este reino espanto,
no ha de ser con tal pensión
que por voluntad ajena
te desposes, si es que ordena
otra cosa tu opinión.
¿Cuyo es el papel que miras?

VITORIA: De cierto conde que ha estado
hasta hoy desacreditado
por envidiosas mentiras.

DUQUESA: No ha menester quien le apoye
si en ti juntamente ha hallado,
Vitoria, juez y abogado.
Vaya de discreción.

VITORIA: Oye.

Lee

"Compiten, señora mía,
la esperanza y el temor
y entre ellos un ciego amor
confiado, desconfía.
Polos de su monarquía
son el uno y otro extremo
y yo, que esperando, temo
efectos de desvaríos,
amorosos calosfríos
sufro, pues me hielo y quemo.
La esperanza, que por dueño
os adora, en rostro grave
vislumbres ve de süave
y anímase en lo risueño.
Amor con mayor empeño,
ni cobarde ni atrevido,
duda de verse admitido,
espera verse premiado,
recela lo autorizado,
y emprende lo apercebido."

DUQUESA: ¿Esto es lo tan ponderado,
sutil y bien entendido?

VITORIA: ¿Luego no te ha parecido
discreto y bien sazonado?

DUQUESA: No, por cierto, mas allana
los comunes pensamientos
de tus encarnizamientos
harto indignos.

VITORIA: ¡Ay hermana!
No digas tal por tu vida,
que traes crítico el humor.

DUQUESA: Poco debe al borrador
pluma tan bien entendida.
Lo que no se dificulta,
ninguna estima merece.
¡Bajo estilo!

VITORIA: Bien parece
que tienes el alma culta.
¿Quisieras tú que empezara
como otro que me escribió,
"El cielo hiperbolizó
amagos de su luz clara
en vuestros, de mi amor, ojos,
animado sol el uno,
norte el otro a quien Neptuno
zafireos rindió despojos?"
Rasguélo en llegando aquí,
viendo tan desatinados
atributos estudiados
y airada le respondí,
"La metáfora que arroja
causa a mis ojos querella,

pues si uno es sol, otro estrella,
yo, señor, seré bisoja."
¿Qué querrás decir en eso?
¿No está culto este papel?

DUQUESA: Ajústale al arancel
del estilo que profeso,
y que no sale verás
de lo común y trillado
del vulgo desatinado.

VITORIA: Mal contentadiza estás.
¿Es porque no ves, hermana,
sustantivos y adjetivos,
ni de atributos esquivos
echa a perder una plana?
¿Porque no metaforiza
propiedades indigestas
con un Tito Livio a cuestas,
que en romance latiniza?
¿Porque al gallo no promete
el dulimán de escarlata,
y en la perdiz, no retrata
coturnos de tafilete?
Anda, hermana, por tu vida;
que en dando en desencajar
vocablos de su lugar,
parecerán carne huída.

DUQUESA: Pongamos en esto tregua
y nómbrame ese discreto;
que, en lo escrito, te prometo
que parece de la legua.

VITORIA: Mientras de él hablares mal,
decirte quién es, no es bien.

DUQUESA: Acaba.

VITORIA: Es el conde...

DUQUESA: ¿Quién?

VITORIA: Carlos, cl gran mariscal
de Nápoles.

DUQUESA: Anda, hermana,
¿Carlos habia de saber
escribir esto?

VITORIA: El querer
dificultades allana.

DUQUESA: ¿Carlos, contra la opinión
de cuantos hablan con él,
tan avisado papel?

VITORIA: Suple a la conversación
con la pluma; y cultivando
concetos, por espaciosos,

discretos cuanto estudiosos,
su fama va restaurando,
no discreto de repente,
sino agudo por escrito;
que dicen que va infinito
dl hablador al prudente.
Y aunque más contra él presumas
que miras faltas y menguas
si la fama es toda lenguas,
también vuela y toda es plumas
en prueba de que se iguala
el hablar al escribir.

DUQUESA: Pudiérasme persuadir
a que en esto se señala
a haber dado alguna muestra
o vislumbres de avisado.
Tantas veces conversado,
¿qué luz sus rayos no muestra
tal vez por entre junturas
de la prisión que la encierra?
¿Qué disfraz sutil destierra
retiradas hermosuras,
sin revelar el secreto
de su rústica prisión?
¿O cuándo en conversación
no dio señal un discreto?
¡Estálo ese papel mucho!
No ha sido Carlos su autor.

VITORIA: ¡Presto has mudado de humor!
Ya rigurosa te escucho
condenar su estilo bajo,
su humilde modo de hablar,
y ya te obliga a dudar
si es de Carlos.

DUQUESA: Le aventajo
asombrada, te prometo,
después que afirmas ser él
el que escribió este papel
porque en unos es discreto
lo que en otros no es de estima.
Un mecánico oficial,
confesando natural,
hizo comedias: que anima
bajezas tal vez Apolo.
No eran las comedias buenas
pues, de disparates llenas,
a otro las silbaran; sólo
ver que un herrador osase,
desde los pies del Pegaso,
coronarse en el Parnaso,
y que a sus musas clavase,
causar pudo admiración;
que aunque reído e importuno,
lo que es vituperio en uno,
en otro es estimación.
Hámela Carlos causado
que no lo creyera de él;

pero déjame el papel
que contigo le ha abonado.
Repasaréle entre tanto
que a ti admiración te dan
ésta que es del de Milan,
y estotra del rey; pues tanto...

Le da las cartas

potentado te apetece,
que ya me cansa escucharlos.
mas responderé--pues Carlos
es sólo quien te merece--
que en tu gusto comprometo
el mío; aunque has elegido,
en canto llano, un marido,
sólo para ti discreto.

VITORIA: ¿Yo sin tu consentimiento
elegir? ¡Aqueso no!
Proponer sí.

DUQUESA: Quiero yo,
dándote esposo a contento,
excusar las maldiciones,
gajes que quien casa tira.
Esos dos papeles mira,
y responde a sus razones,
mientras yo estotras pondero.

VITORIA: Si grata atención les das,
en cada una hallarás
disculpas de que le quiero.

Vase VITORIA

DUQUESA: Teniale a Carlos yo
por rico, por generoso,
por galán y por curioso;
pero por discreto no.
Mas en el papel presente
prueba que a satisfacción
de su fallida opinión,
bien escribe, quien bien siente.
La llaneza del decir
el alma de sus deseos,
sin los intrusos rodeos
que agora usan escribir,
de suerte me aficionó,
que si se le desdoré,
sospecho que envidia fue,
que satisfacerle no.
¡Que tan acertado escriba
quien jamas halló razón
cuerda en la conversación,
adonde el crédito estriba!
La experiencia le ha enseñado.
Ella es gracia diferente

no hay poeta de repente
que escriba bien de pensado.
No hubiera más que pedir
si Carlos pudiera hallar
borradores para hablar,
como los hay de escribir.

Sale ROMERO, sin ver a la DUQUESA

ROMERO: No hay poder darle un alcance.
Un hora ha que le perdí.

DUQUESA: ¡Hola! ¿Qué buscáis aquí?

ROMERO: (No me descontenta el lance.) **Aparte**
Yo, señora, ando perdido,
después que salí de España,
por otro que lo está más,
a quien a oriente y a ocaso
le acompaño paso a paso,
ya delante o ya detrás.
Entró a dar cierto papel;
esperéle en el zaguán.
Las dos los relojes dan,
sin dar mi dicha con él.
Dejo boca abajo un potro,
y sin podernos topar,
venimos los dos a andar
como un virote tras otro.

DUQUESA: ¿Y era el papel para quién?

ROMERO: Hay en Amalfi una dama,
por cuyo amor anda en brama
todo hombre que quiere bien.
--Hablo a fuer de cazador--
Mira con rostro risueño
la tal dama a nuestro dueño,
y espera de este favor
ganarles la palmatoria,
porque afirma la doncella
que en casándose con ella,
le han de hacer de la Vitoria.

DUQUESA: ¿Vitoria es la pretendida?
Será el papel, según eso,
del gran mariscal.

ROMERO: Exceso
es lo que de él es querida.

DUQUESA: ¿Y vos le servís?

ROMERO: Me ha dado
cargo reduplicativo.
Soy desde que con él vivo,
crïado de su crïado.

DUQUESA: No tenéis vos mal humor.

ROMERO: Tengo una fuente, y así
se va el malo por allí.

DUQUESA: ¿Y quién es vuestro señor?

ROMERO: Un don Pedro de Castilla,
en la patria burgalés,
en la cólera francés,
y en las gracias maravilla
de todos sus concurrentes.
Con él a veces desmedro,
puesto que del rey don Pedro
proceden sus ascendientes.
Mas ¿qué importa sangre real,
si pobreza y travesuras
de juegos y de hermosuras
le humillan al mariscal?

DUQUESA: Será el don Pedro discreto,
pues le hizo su secretario.

ROMERO: Más sabe que un boticario
y es de suerte, la prometo
a vuesa... ¿cómo se llama?
¿Excelencia o vusoría?

DUQUESA: ¿Importa al caso?

ROMERO: Querría
saber con quien hablo.

DUQUESA: Dama
soy de la duquesa.

ROMERO: Bien.
Es mi dueño tan discreto,
que la fïara un secreto,
si fuera dama de bien.

DUQUESA: (De este bachiller despacio **Aparte**
me informaré, que estos dias
son tapa-bellaquerías
verdugados de palacio.)

ROMERO: Mas venga acá. ¿Es de callar
cierta especie de traición
que obliga a restitución
sin poderse remediar
después de hecho es daño?

DUQUESA: Fuera
haceros culpado a vos.

ROMERO: Hablemos--¡cuerpo de Dios!--
y salga la maula fuera.
Si un novio engañar quisiera,
fingiéndose caudaloso
galán, sabio generoso,
a una novia, y esto fuera
todo al contrario, y llegase

con las galas de alquiler
a la inocente mujer,
y en fe de esto le adorasr,
y admitidas norabuenas
para ser enhoramalas,
restituyendo las galas
estelionatas y ajenas,
cayéndosele en el suelo
un ojo, huésped de plata,
advirtiese que desata
el dicho sobre un pañuelo
dos procesiones de dientes
--digo dientes titulares--
que presos como alamares
sustituyen los ausentes,
al desnudar pantorrillas
las hallase de algodón,
y el peto con el jubón
supiese igualar costillas
y estevaciones del pecho,
descubriendo el tal Macías
un alma entre dos bacías,
y a tortuga antes derecho,
¿no era forzoso que a engaño
la tal dama se llamase,
y que afligida llorase
tan mal prevenido daño?
¿Con qué amor diera los brazos
la pobreta, toda queja,
a este marido corneja
de maquilas y retazos?
¿Qué dice?

DUQUESA: La explicación
espero; que me habéis dado
notable gusto. ¡Salado
donaire!

ROMERO: Soy un jamón.
Mas si ejemplos de esta historia
la agradan, oiga aplicarlos.
Pretende importuno Carlos
a la señora Vitoria...
Mas dígame en qué opinión
hasta agora le han tenido ?

DUQUESA: De algo material.

ROMERO: Ha sido
su antípoda Salomón.
Pues advierta que su dama,
después acá que recibe
los papeles que le escribe,
Paulo Manucio le llama.
Y es grande bellaquería
que intente aliviar sus penas
Carlos con gracias ajenas.

DUQUESA: ¿Cómo?

ROMERO: ¿Pues no es bobería
que escribiéndola por él
mi dueño --va de secreto--
se levante por discreto,
y le autorice un papel?
¿No es terrible mentecato
el que a un poeta se llega,
y que le pinte le ruega
en un soneto el retrato
de su dama, si ella sabe
que en su vida versos hizo?
Ven acá, amante mestizo,
¿cómo quieres que te alabe
y estime tu prenda ansí?
El soneto, pecador,
más es solicitador
del poeta que de tí;
pues siendo tú su tercero,
claro está que ha de querer
más al que lo sabe hacer,
que al bobo del mensajero.
En llegando aquí, señora,
me despulso.

DUQUESA: ¿Hay cosa igual?
¿Que no son del mariscal
los papeles?

ROMERO: ¿Eso ignora?
Son suyos porque los paga,
como el paño al mercader.

DUQUESA: (Bien fácil es de creer. **Aparte**
Mi hermana se satisfaga,
que ya yo lo estoy. No en vano
lo dificultaba yo.)
¿Que en fin se los escribió
vuestro dueño?

ROMERO: Es escribano,
poeta, pintor, platero,
y hasta albardas sabe hacer;
sólo no alcanza a saber
tener dicha, ni dinero.
Mas éste es que viene aquí.
Señora mía, chitón;
que peligra la ración
si sabe que me escurrí.

Sale don PEDRO

PEDRO: ¡Ah Romero, ah Romerillo!
Quita, aparta, necio. ¿Sabes
con quién hablas?

ROMERO: Cosas graves
Tratamos. Si has de reñillo
todo aquí, no seas prolijo,
que siempre estás de pendencia.

PEDRO: No haga caso vuexcelencia...

ROMERO: (¡Mal año! Excelencia dijo.) **Aparte**

PEDRO: ...de este necio, que es un loco.

ROMERO: Ha de andar proporcionado
el señor con el crïado.
Cada cual tiene su poco
de barreno.

A don PEDRO

DUQUESA: ¿Servís vos
al gran mariscal?

PEDRO: Deseo
saber servirle.

ROMERO: ¡El rodeo!
Con él estamos los dos,
como dije a vuexcelencia,
despues que nos recibió;
él inmediato; mas yo
a secunda consecuencia.
¿Qué miras? Ya me voy.

Enojado

PEDRO: ¡Ea!

ROMERO: Todo lo sufre el gracejo.

Aparte a su amo

Baja presto; y pues te dejo
en buen punto, brujulea.

Vase ROMERO

DUQUESA: ¿Qué cargo ocupáis con él?

PEDRO: Soy su secretario.

DUQUESA: ¡Ah! ¡Sí!
¿Vos sois...? No ha mucho que oí
de Carlos cierto papel,
que aunque en estilo algo llano,
de bachiller presumía.

PEDRO: Ésos de nadie los fía.
Suya es la nota y la mano;
que el cargo que yo ejercito
nunca tanto mereció.

DUQUESA: ¿Pues acaso os digo yo

que sois vos el que lo ha escrito?

PEDRO: Juzgo que lo suponéis
de lo que ahora infería.

DUQUESA: ¡No sois vos quien lo escribía;
pero sois quien lo traéis!

PEDRO: Quien sirve, señora mía,
a todo se ha de aplicar.

DUQUESA: España suele mandar
a Nápoles, y sería
culpa en vos el deslucir
créditos de su valor,
con traza para señor,
mejor que para servir.
Hombre que es tan bien nacido,
mal su nobleza empleó.

PEDRO: ¿Pues quién de mí cuenta os dio?

DUQUESA: Quien os habrá conocido
aunque os vende por discreto,
dudo teneros por tal,
crïado del mariscal,
y del rey don Pedro nieto.

PEDRO: Heredé con sus desgracias
su envidia y persecución,
que en el desdichado son
deslucimientos las gracias.
Mas dóyselas al que os dijo
lo que ya no sé negar,
puesto que pensé engañar
al hado siempre prolijo,
encubierto de esta suerte,
y deslumbrar poderosos
que me buscan, deseosos
de su venganza y mi muerte.

DUQUESA: Donde hay venganza hay agravio.
¡No fuérades vos travieso!

PEDRO ¿Yo?

DUQUESA: Vos.

PEDRO: Que lo fui confieso;
mas con amor ¿quién es sabio?

DUQUESA: ¿Que amante y todo habéis sido?

PEDRO: Pues yo ¿soy de bronce?

DUQUESA: No.
¿Mas tengo obligación yo
de saber que habéis querido?

PEDRO: Quise en Castilla a una dama...

DUQUESA: ¿Luego ya no la queréis?

PEDRO: Adórola, aunque me veis
desacreditar mi fama,
sirviendo, por su ocasión,
de mi patria desterrado.

DUQUESA: ¿Ausente y enamorado?
¡Qué notable confusión!

PEDRO: Tiene muchas su belleza,
que atormentan mi memoria.

DUQUESA: ¿Queréis contarme la historia
que abona vuestra firmeza

PEDRO: ¿Yo, señora? Pues ¿tan necio
habia de ser y atrevido,
que una vez que habéis querido
hacer de mi dicha aprecio?
¿Dándome apacible audiencia,
había de pretender
alarde enfadoso hacer
de mi amor a vuexcelencia?

DUQUESA: Como me lo habéis propuesto,
creílo.

PEDRO: No soy tan loco;
pero hablando poco a poco,
nos hemos metido en esto.
Dejémoslo, si os parece.

DUQUESA: Por mí, dadlo por dejado.
En fin, de Carlos crïado,
¿os manda y os obedece?

PEDRO: ¿Me obedece a mí?

DUQUESA: ¿Pues no?
Quien señor de sus afetos
os hizo, en sus secretos
el mejor lugar os dio,
más está a vuestro servicio,
que al suyo vos, secretario.

PEDRO: Fíame lo necesario
perteneciente a mi oficio,
porque para lo demás
ha poco que estoy con él.

DUQUESA: No estaba necio el papel,
ni creyera yo jamás,
a no leerle, que fuera
el mariscal para tanto.

PEDRO: Amor, prodigioso encanto,
saca de un alma grosera
sutilezas semejantes.
Cuanto y más, que no sé yo

por qué esa opinión cobró
el mariscal.

DUQUESA: Los amantes
tenéis ingenios divinos;
mas aunque volváis por él,
yo sé que escribió el papel
con ayuda de vecinos.

PEDRO: Puede ser, pues vos, señora,
lo afirmáis; mas yo no creo
que declare su deseo,
quien de veras se enamora,
por mano ajena; ni Carlos
ignorará el escribirlos,
que es necesario sentirlos
para saber explicarlos.
A la letra me remito,
que es suya, y él la escribió.

DUQUESA: Pues acaso ¿os digo yo
que sois vos el que le ha escrito?

PEDRO: No lo decís; mas ¡por Dios!
que más lo afirmáis ansí.

DUQUESA: ¿Más? ¿Pues impórtame a mí
que Carlos lo escriba, o vos?

PEDRO: ¿Qué sé yo?

DUQUESA: ¡Qué buenos ratos
la ausente dama tendría
con los vuestros cada día!

PEDRO: Dábaselos tan baratos
y frecuentes mi ignorancia,
que en fin los desestimó.

DUQUESA: Siempre los precios bajó
de más valor la abundancia.
Pues ¿qué? ¿Mudóse?

PEDRO: No está
nunca en mar la nave firme.

DUQUESA: Vos os morís por decirme
esa historia. Acabad ya.

PEDRO: ¿Yo, señora?

DUQUESA: Vos, que amantes
y poetas se atormentan
a versos, porque se cuentan
sus desvelos por instantes.

PEDRO: Pues yo no intento...

DUQUESA: Acabad;
decidme quién sois también.

PEDRO: Importa encubrirme.

DUQUESA: Bien.
Aquí lo estáis. Comenzad.

PEDRO: Por daros gusto...

DUQUESA: Los dos
le tendrémos: en saber
yo, que soy al fin mujer,
y por contármelo, vos.

PEDRO: En Burgos, que es patria mía...

DUQUESA: Ya lo sé.

PEDRO: ¿Vos lo sabéis?

DUQUESA: Ya lo sé; pues ¿qué queréis?

PEDRO: ¿Quién os lo dijo?

DUQUESA: Sería
quien os conoce. Decid.

PEDRO: ¿Vos tan curiosa en saber
mis cosas?

DUQUESA: Si soy mujer,
¿qué os admira? Proseguid.

PEDRO: (¿Qué es aquesto?) En Burgos pues
corte entonces de Castilla,
gozaba Enrique la silla,
el tercero, de quien es
hijo don Juan el segundo,
que agora empieza a reinar,
cuando me engolfé en el mar
de amor, inmenso y profundo.

DUQUESA: ¡Válgame Dios! Y sería
vuestro amor considerable,
pues como caso notable,
le señaláis año y día.

PEDRO: Tienen principio de aquí
mis desdichas, no os espante.

DUQUESA: Vaya el suceso adelante.

PEDRO: En resolución, serví
una dama...

DUQUESA: ¿Gran belleza?

PEDRO: Réditos le paga el sol.

DUQUESA: No sois cortés, español,
ni luce en vos la nobleza.

PEDRO: Pues ¿enojáisos, señora?

DUQUESA: Quien delante de una dama,
sin hacerle salva, llama
a otra hermosa, o ignora
las leyes de cortesano,
o de agraviarla se precia.

PEDRO: Mi inadvertencia fue necia.

DUQUESA: No me espanto, que es en vano
pretender que... Todo está,
quien refiere enamorado
sus naufragios, elevado
en su dama... clara está.
Yo os perdono; proseguid.

PEDRO: (¿Qué mujer es ésta, cielos?) **Aparte**

DUQUESA: Vaya de amor y de celos.

PEDRO: Vino de Valladolid
a la corte un caballero,
del rey tan favorecido,
que por él desvanecido,
aunque mi amigo primero,
y tanto, que en confïanza
de sus prendas y valor,
le di parte de mi amor,
se valió de su privanza
para conquistar con ella
mi dama, que interesable,
le favoreció mudable.

DUQUESA: Todo el poder lo atropella.

PEDRO: Disimulaban conmigo
los dos amor y amistad,
fingiendo ella voluntad
como él finezas de amigo;
y remitiendo al secreto
el logro de sus amores,
fueron tantos los favores,
que celoso o indiscreto,
vino a alcanzar que le diese
cuantos papeles tenía
míos. Encontréle un día
leyendo, sin que me viese,
uno, que fue, si me acuerdo,
el segundo que admitió.

DUQUESA: En ese jurara yo
que entró el ingenio en acuerdo,
y que ostentando finezas,
hizo vistas el amor
de todo el aparador
de concetos y agudezas.

PEDRO: No tiene muchos el mío;
pero sé que fue estimado,

admitido y ponderado.

DUQUESA: Sí, sería; yo lo fío.
¿Haos quedado en la memoria
alguna cláusula de él?

PEDRO: No es, señora, este papel
de novelas, que en la historia
que uno cuenta los refiere,
prosa o verso, sin perder,
ya sea hombre o ya mujer,
letra ni tilde.

DUQUESA: Y si hiciere
yo relación verdadera
de ese papel, ¿qué diréis?

PEDRO: ¡Vos! ¿De qué modo podéis?

DUQUESA: ¡Válgame Dios!

PEDRO: Es quimera.

DUQUESA: Apostad que su tenor
de aquesta suerte decía,
"Compiten, señora mía,
la esperanza y el temor..."

PEDRO: Eso escribe el mariscal
a vuestra hermana.

DUQUESA: ¿Escribió?
Decid que lo trasladó
de extranjero original.

PEDRO: Puede ser, pero no mío.

DUQUESA: ¿Pues de dónde sabéis vos
si no os entendéis los dos
--el negarlo es desvarío--
que empezaba así el papel
que vos a mi hermana disteis?
¿Veis como vos lo escribísteis?

PEDRO: Diome Carlos parte de él,
después de haberle notado;
mas de eso no colijáis
que yo le escribo.

DUQUESA: Mostráis
quilates de un fiel crïado;
pero advertid que mi hermana
ya que a Carlos favorece,
no sepa esto; pues si crece
su amor, será cosa llana
que gozará, si es leal,
el premio de su cuidado,
no el dueño de este traslado,
sino el del original.

Vase la DUQUESA

PEDRO: ¿Qué querrá decir en esto?
Vive Dios, que esta mujer
exámenes quiere hacer
de mi amor. Hame propuesto
tantas dudas, que dispuesto
a imaginaciones nuevas,
niño Amor, cuando te atrevas
a cosas sin proporción,
no tengo yo condición
para sufrir muchas pruebas.
"¡Que gozará, si es leal,
el premio de su cuidado,
no el dueño de este traslado
sino el del original!"
No me quiere a mí muy mal
quien esperanzas esconde
y en misterios me responde
a la primer vista ansí.
Que yo el papel escribí
supo. ¿Pues de quién o dónde?
Porque Vitoria no sabe
quien soy, ni Carlos tampoco.
Vive el cielo, que estoy loco.
Mujer tan discreta grave,
cuya libertad con llave
jamás abrió puerta a amor,
¡Tan curiosa en mi favor!
Despacio, prolijo encanto,
que no es necesario tanto
para un buen entendedor.

Salen VITORIA, CARLOS y ROMERO

CARLOS: Prométole a vuexcelenia
que la quiero tanto, tanto...

ROMERO: (¡Con la turbación que empieza!) **Aparte**

CARLOS: ...díalo mi secretario.

VITORIA: Guardad, señor mariscal,
testigos tan abonados
para incrédulas envidias
que pretenden desdoraros;
que para conmigo, os juro,
que estáis tan acreditado,
como dirán los papeles
que tengo vuestros y paso
por ellos cada momento
los ojos y el gusto, hallando
cada vez más que admirar
que yo jamás hice caso
de hipérboles habladores;
que sin sentir los cuidados
que encarecen, se acreditan.

ROMERO: (Tiene amor sus papagayos.) **Aparte**

VITORIA: Como es potencia del alma
la voluntad, y ésta ha dado
en el discreto sus veces
al entendimiento, es claro
que con sosegado estudio
discurriendo y meditando
habla del modo que piensa
mejor cuanto más de espacio.
Conversables elocuencias,
tan copiosas de vocablos
que parecen calepinos,
sospecho yo, y no me engaño,
que con la facilidad
que se enamoran bablando,
olvidan aborreciendo.
Más vale amor asentado
que no el que sálo en la lengua
encarecen cortesanos.

PEDRO: (¡Qué divino entendimiento!) **Aparte**

VITORIA: Pensamientos estudiados
en borradores escritos
son de los que yo me pago.
Dadme pensamientos vos,
y no receléis contrarios.

CARLOS: Ocupan vuestras memorias
mis pensamientos turbados.
Tanto, señora, os estimo,
que anoche de ellos cercado,
un sueño pudo matarme.
Dígalo mi secretario.

A don PEDRO

ROMERO: Él no sabe hablar sin ti.

A don PEDRO

VITORIA: ¿Qué decís vos?

PEDRO: Que no es falso
lo que de su sueño fío,
porque como os quiere tanto,
y teme competidores,
soñó anoche alborotado
que os robaba el de Placencia;
y por vengar vuestro agravio,
tomó la espada desnuda,
y a no atajarle los pasos
yo, que en su cámara duermo,
le sucediera algún daño.
Con tanto extremo os adora.
¿No es mucho quereros tanto?

VITORIA: Quien durmiendo tiene celos,
despierto será un milagro
de amor; que el sueño es pintura
que solo copia retratos.
Mucho debéis de querer.

CARLOS: Los extremos que yo hago
después que vi esa belleza...
dígalo mi secretario.

VITORIA: (¡Qué hable un hombre de esta suerte **Aparte**
tan discreto y avisado
en lo que escribe! No sé
si lo crea. ¡Extraño caso!
Su presencia me enamora;
en Nápoles es su estado
después del rey el primero;
sus papeles, ajustamos
a mi gusto, llevanmé
la inclinación.) Ahora, Carlos,
no sois el primero vos
que acostumbráis a turbaros
delante de otros respetos;
que yo sé de un gran soldado
y gran poeta, que siempre
que hablaba al rey, olvidando
lo que estudiado traía
en orden a sus despachos,
daba con sus desaciertos
admiración á los sabios,
descrédito a sus papeles,
y qué reír al palacio.
Mas diréos yo como el rey,
que después de sosegaros,
me consultéis por escrito.

CARLOS: Dejáisme muy obligado.

VITORIA: Pues para que más lo estéis,
con aquesta pluma pago
pensamientos de la vuestra.

Quítase una pluma del tocado y se le ofrece

CARLOS: Tomadla, hola, secretario.

PEDRO: iJesús! Vuexcelencia llegue,
y besándole la mano,
encarezca este favor.

Tomándolo

CARLOS: Estoy de veras turbado,
señora, con tanta luz,
y... y... y...

VITORIA: Conde, quedaos.

Vase

CARLOS: La he de sacar hoy...

ROMERO: (¡Qué bestia!) **Aparte**

CARLOS: ...sobre la crin de mi bayo.

PEDRO: ¿Qué decís, señor?

CARLOS: ¿Pues dónde?

PEDRO: En la gorra.

CARLOS: Bien pensado,
pues pondréla luego.

ROMERO: ¿A quién?

CARLOS: Dígalo mi secretario.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

DUQUESA: Amor, este hombre ha venido
para rüina total
de mi quietud natural,
de la paz de mi sentido.
Yo he perdido
cuantos propósitos buenos
gozaba en tiempos serenos
el sosiego de mi dicha.
¡Qué desdicha!
¡Por ser más, venir a menos!
No pensaba yo emplearos
descuidada libertad,
en ajena voluntad.
¡Qué mal supisteis lograros
por gozaros!
Sin la enfadosa pensión
del tálamo, confusión
de tanta quietud perdida,
libre vida
descansaba mi opinión.
Tercero del mariscal
es este español crüel;
hechizóme en un papel
de su discreción caudal.
Sangre real
le ilustra, en Castilla adora,
aquí escribe y enamora.
¿Y qué sé yo
si en nombre ajeno terció
lo que en nombre suyo ahora?
Celos en Castilla ausentes,
y celos padezco aquí.
Éstos son los que temí;
que en fin son celos presentes.
Si imprudentes
me atormentan ¿qué he de hacer?
Viviendo en tal padecer,
¿Qué paciencia ha de bastar
para callar
celosa, amante y mujer?

Sale ROMERO, creyéndose solo

ROMERO: Buenas albricias me mando,
si de quien sospecho son.

DUQUESA: ¡Hola!

ROMERO: ¿Todo extremaunción
anda en palacio oleando?

DUQUESA: ¿Qué buscáis?

ROMERO: ¿No me conoce
vuexcelencia?

DUQUESA: ¡Ah, sí! No había
reparado en vos.

ROMERO: Podía
acordarse, así se goce,
del soldado que le dijo
las gracias del mariscal.

DUQUESA: ¿Sois muy secreto?

ROMERO: ¡Y qué tal!
Siempre que lo soy me aflijo.

DUQUESA: ¿Dónde está vuestro señor?

ROMERO: Eso es lo que yo quisiera
saber, para que me diera
albricias, si las da Amor.

DUQUESA: ¡Albricias! ¿De qué?

ROMERO: Este pliego,
nuevo caballo de Troya.
Promete vestido o joya.

DUQUESA: ¿Es de Castilla?

ROMERO: Si llego
a pesarle, es de su dama.

DUQUESA: ¿Cómo?

ROMERO: Aunque el sobre es prototo,
pesa poco, y de mi voto,
no pesa amor, porque es llama.

DUQUESA: ¿Filósofo?

ROMERO: Aunque ratero,
como Romero me llamo,
tengo, según dice mi amo,
las virtudes del romero,
y debe entre ellas entrar
ésta también.

DUQUESA: ¿Pues se escriben
los dos?

ROMERO: Como ausentes viven,
sus almas suelen andar
de Ceca en Meca, corriendo
la posta, al ir y venir.
Debió mi amo de escribir
luego que llegó, y cogiendo
la carta de buen talante
a la dama, le responde.

DUQUESA: Si en los dos se corresponde
amor, y pasa adelante
sin entibiarle la ausencia,
injustas quejas ha dado
vuestro dueño de olvidado.

ROMERO: ¿Luego ha dicho a vuexcelencia
su historia?

DUQUESA: Me la contó
a pausas, como sangría.

ROMERO: ¡Bueno por Dios! Y quería
que por tragármela yo,
rebentase de opilado.

DUQUESA: No os deis vos por entendido
de que por él lo he sabido.

ROMERO: No haré, aunque estoy enojado.

DUQUESA: El porte os quiero pagar
de este pliego.

Tomándole la carta

ROMERO: ¿Para qué?

DUQUESA: Si es tan discreta veré,
que se merezca igualar
esta carta a las que escribe
por Carlos vuestro señor.

ROMERO: ¡Oh! ¡Bonita es la Leonor!
Mejor vuelve que recibe.
Más habla que un papagayo.
Túvola una tía vieja
en las Huelgas a una reja
un año, de mayo a mayo,
y salió brava picuda.

DUQUESA: Eso quiero yo saber;
pero habéisme de tener
secreto.

ROMERO: ¿Yo?

DUQUESA: Vos.

ROMERO: ¡Sin duda!
Venga acá; pues no he podido
sufrir medio mes cabal
defetos del mariscal,
discreto sustituído;
ni en las cartas que a mi dueño
desde Burgos le envió
quien aquí le desterró.
No sé callar cuando sueño,
pues cuento cuanto me pasa

con las damas cada día;
tanto que nadie se fía
de mí en toda vuestra casa.
¿Y quiere hacer vuexcelencia
en mí ese milagro ahora?

DUQUESA: Yo he de hacerle.

ROMERO: Si es dotora
y hay para aquesta dolencia,
cura, recete.

DUQUESA: Si haré.
Yo os libro en mi tesorero
cada día...

ROMERO: Si es dinero,
divino récipe fue.

DUQUESA: Un doblón con condición
que el día que no calléis,
los mismos palos llevéis
que blancas tiene un doblón.

ROMERO: (¡Puto Miguel!) ¿Cuántas blancas **Aparte**
tiene un doblón? Sumaré.
Espere, y la cuenta haré.
(Las manos le queden mancas **Aparte**
al crüel ejecutor.)
Un doblon, veinte y seis reales.
Cuatro veces seis... cabales
ochocientos --¡linda flor
de carrasco!-- y más, ochenta
y cuatro maravedís.

DUQUESA: Si otros tantos añadis,
serán...

ROMERO: Sacada la cuenta,
mil setecientos, y más
sesenta y ocho, las blancas.
¡Fuego de Dios, y qué francas
dádivas, señora, das!
Por un secreto parido,
mil setecientos sesenta
y ocho palos! ¡Mala cuenta!
Abernuncio del partido.
Desdoblone vuexcelencia.

DUQUESA: Esto ha de cumplirse ansí.
Acabemos.

ROMERO: ¡Ay de mí!
Yo quedaré en quinta esencia
de romero, a la ocasión
primera. ¡Crueldad civil!
¡Sesenta palos tras mil!

DUQUESA: Acudid por el doblón
desde luego, y para el porte
este bolsillo tomad.

Le da un bolsillo

ROMERO: Si he de callar, recetad
una gaita que reporte
el mal que ya me provoca
esta negra opilación.
Saldrá siquiera a traición,
pues no puede por la boca.

DUQUESA: Andad, que con tal receta
no os hará el secreto daño.

ROMERO: (¿A mí mil palos? ¡Mal año! **Aparte**
¡Que los lleve una carreta!

Vase ROMERO

DUQUESA: Basta, que empieza en azares
el juego de nuestro amor.
Si es infernal su rigor,
¿qué serán celos a pares?
Los unos trae el correo,
los otros caseros son.
¡Extremada provisión
para venir de acarreo!
Veamos el desengaño
que adivinan mis temores.
¡Ah, celos registradores!
¡Siempre buscáis vuestro daño!

Abre la carta

Un retrato viene dentro.
¡Bello rostro de mujer!
¿Quién duda que he de perder,
si es azar aqueste encuentro?
¡Digno empleo de español!
¡Logro hermoso de los cielos!
Pero mírola con celos;
aventajaréla al sol.
Leamos, alma, sin miedo,
que pues en mi poder se halla,
en estatua he de quemalla
ya que en persona no puedo.

Lee

"Amor, agravio y ausencia conjurados
contra mi sosiego, fueron tan solícitos,
que se informaron del camino que hicistes,
desde la noche que en agravio de la
amistad de don Vela, a él lo heristeis,

y a mí me desacreditastes. Murió inocente.
El rey os busca airado; promete aplacarle
la reina su madre, vuestra prima. Ese
retrato lleva trasladado el rostro, y la
seguridad de vuestra sospecha; tratadle
bien, que es huésped, y respondedme,
aunque sean injurias; que a la molesta
privación de vuestras cartas, es único
remedio de ausencia penosas. El cielo
os desengañe. Dios os guarde, etc.
doña Leonor de Castro."

Celos, ya estáis declarados.
En vano son resistencias
donde sobran competencias
y multiplican cuidados.
Propósitos mal logrados,
si os engaña
un nieto del rey de España,
¿qué os lastima?
¡A su reina llama prima!
Contra celos,
coronas, amor, desvelos,
¿qué valor será de estima?
Remedia con su retrato
ausencias doña Leonor.
Muerto su competidor,
¿no será don Pedro ingrato
si la industria y el recato
no procura
alejar de su hermosura
valedores?
Con tales despertadores,
¿de qué sueño
no resucitará el dueño
de su gusto y mis temores?
Si despierta, ¿quién podrá
contra memoria celosa
de española tan hermosa
oponerse? Claro está
que es locura. Si se va,
su mudanza
dará muerte a mi esperanza.
Resistirse
si se queda, es prevenirse
a tormentos.
¿Qué harémos pues, pensamientos,
entre el quedar y el partirse?

Sale don PEDRO, sin ver a la DUQUESA

PEDRO: Sofísticos pensamientos,
imposibles pretendéis.
Mejor será que troquéis
desdichas por escarmientos.
No permitáis lo que ignora
la desdicha que me humilla.

DUQUESA: ¿Es don Pedro de Castilla?
¿Dónde tan triste?

PEDRO: ¡Oh, señora!
Esta memoria tirana
me causa penas crüeles.

DUQUESA: ¿Proseguiréis los papeles
de Carlos para mi hermana?

PEDRO: Como gusta de admitirlos
y por ellos medra Carlos,
gusto yo también de darlos.

DUQUESA: ¿Y no diréis de escribirlos?

PEDRO: Si vuexcelencia da en eso,
puesto que es en mi favor,
descréditos de su amor
padecerá quien confieso
que se desvela por dar
muestras que en su pluma alega
lo que la lengua le niega.

DUQUESA: En esto del desvelar
estaréis muy diestro vos.

PEDRO: De ordinario un desdichado
anda triste y desvelado;
que es verdugo Amor, si es dios.

DUQUESA: Y es doña Leonor de Castro
puesto que falsa, tan bella,
que comparado con ella
es ébano el alabastro.

PEDRO: Vive Dios, señora mía,
que a poderse sospechar
cosas de vos, que a dudar
obligan mi fantasía,
que jurara que tenéis...

DUQUESA: ¿Familiar, queréis decir?

PEDRO: No me atrevo a presumir
tanto. ¿Mas cómo sabéis
cosas de mí tan ocultas
y tan distantes de aquí?

DUQUESA: ¿Qué sabeis vos si aprendí
a hacer mágicas consultas?

PEDRO: ¡Vos de mí tan cuidadosa,
que aun el nombre hayáis sabido
de mi dama!

DUQUESA: Y he tenido
noticia de cuán hermosa
y discreta es la Leonor
a cuya alabanza asisto
y aún si os digo que la he visto,
no mentiré.

PEDRO: ¿Vos?

DUQUESA: Su amor
no es tan firme como el vuestro.

PEDRO: Es luna y ya amor es mar.

DUQUESA: Diréislo por el lunar
que tiene en el lado diestro
de la cara.

PEDRO: (¿Es hechicera, **Aparte**
cielos, aquesta mujer?)

DUQUESA: Lunar es que puede ser
estrella en la octava esfera.
¿No lo sentís vos ansí?

PEDRO: Señora, lo que yo siento
son prodigios de un portento,
que me ha de sacar de mí.

DUQUESA: Cabos negros, aguileña,
un poco grande de boca,
dientes de cristal de roca,
la frente algo mas pequeña
que pide la proporción
de la cara, bien pobladas
las manos, aunque alentadas
del misterioso jabón...
y discreta sobre todo;
que es alma de la hermosura.

PEDRO: Si verme loco procura
vuexcelencia, de ese modo,
podrá, si no se declara,
salir con su pretensión.

DUQUESA: A su comunicación,
yo, don Pedro, os ayudara
porque somos muy amigas.
Aunque a Amalfi la trujera,
y mi estado repartiera
entre los dos; mas fatigas
imposibles de remedio,
¿quién las ha de socorrer?
Doña Leonor es mujer
de don Vela. Ved ¿qué medio
en esto se puede dar?
Herido quedó de muerte;
pero el Amor que divierte
qeligros que remediar
no puede la medicina,
salud en breve le dio.
Su rey los apadrinó;
y aunque doña Catalina,
prima vuestra, y reina hermosa
que el modo toma a su cuenta,
aplacar a un hijo intenta
la venganza rigurosa

que despacha contra vos
justicias y embajadores...
Mucho pueden los rigores
reales. Son como Dios.
Y aunque aquí estáis muy seguro
quisiera hallar otra traza
para el mal que os amenaza,
para la paz que os procuro.
Yo os he visto aficionado
a mi hermana, en vuestra mengua;
que lo que niega la lengua,
los ojos lo han publicado.

PEDRO: Engáñase vuexcelencia.

DUQUESA: Luego ¿no la queréis bien?

PEDRO: Quiérola bien, como quien
es de la circunferencia
del amor del mariscal
centro y punto, y porque veo,
según en sus ojos leo,
que será con yugo igual
señora de vuestra casa.

DUQUESA: ¿Pues eso os parece poco,
supuesto que Amor es loco,
que de un tema en otro pasa?
En efeto la queréis,
aunque sea por señora.
La vista ocasionadora,
y el amor que la tenéis,
aumentando en vos la llama,
hará en espacio pequeño
que, si la amáis como dueño,
después la améis como a dama.

PEDRO: Indignas de esa beldad
son sospechas maliciosas.

DUQUESA: Principio quieren las cosas.
Don Pedro, aquesto es verdad,
y si no, venid acá.
Supongamos que vos fulsteis
quien el papel escribisteis
aunque esto supuesto está.
Cuando estudioso y discreto,
las veces que la escribís
tantas lisonjas decís,
¿no la tenéis por objeto?

PEDRO: Por objeto mío, no.

DUQUESA: Séase vuestro o ajeno,
que yo esta vez no os condeno,
ella, pues os ocupó
el ingenio y el sentido
todo el tiempo del papel,
¿no la imagináis en él
muy hermosa y merecido

empleo de su alabanza?

PEDRO: Si, señora.

DUQUESA: Y aquel rato
que con la pluma el retrato
pintáis que el estudio alcanza,
¿no le sirve de obrador
el entendimiento, donde
en especies corresponde
su similitud, mejor
que en la lengua, que es impropia?

PEDRO: No hay negarlo.

DUQUESA: ¿Y qué queréis,
si el original tenéis
allá, sacando la copia?
¿Hay quien persuadirse pueda
que dejáis --¡buena frialdad!--
tan limpia la voluntad,
que sin los dibujos queda?
Pues viéndolos la memoria,
quien lo advierte ¿creerá,
don Pedro, que no sois ya
ciego amante de Vitoria?

PEDRO: Yo, suponiendo que escribo
los papeles que decís,
ya que a eso os persuadís,
como tan celoso vivo
siempre que a Vitoria alaba
la pluma, lengua de amor,
contemplo en doña Leonor.

DUQUESA: (¿Vos? ¡Peor está que estaba! **Aparte**
¡Ay celos, cuáles andáis!
¡Ya en uno, ya en otro extremo!)
Que habéis de enloquecer temo
si esa dama no dejáis;
porque casada y ausente,
¿qué remedio puede haber?
La diversión puede ser
tercera de este accidente.
Galantead a mi hermana;
que en mí tendréis, y os lo juro,
tercera favor seguro,
y olvidada castellana;
que si en Amalfi os casáis,
y en mi estado sucedéis,
desdichas desmentiréis
que perseguido lloráis.

PEDRO: Yo os beso, señora mía,
las manos por merced tal;
pero sirvo al mariscal
y, pues de mí se confía,
no he de hacerle traición;
que nunca con ellas medro.

DUQUESA: Pues, acabemos, don Pedro,
a Carlos tengo afición
y celos de que Vitoria
con tanto afición le quiera,
si más avisado fuera
o en todos menos notoria
la falta de discreción
que Nápoles vitupera,
su gentileza pudiera
desbaratar mi opinión.
No me inclinaba hasta aquí
a casamientos penosos
donde en celos rigurosos
muestras de mi suerte vi,
llorando la ajena escasa;
que príncipes divertidos,
solamente son maridos
titulares de su casa.
En Vitoria pretendía
gozar nuestra sucesión
y entrándome en religión,
excusar la tiranía
de un hombre, que con injustos
agravios, paga desvelos
en abundancia de celos
y en escaseces de gustos.
Vi a Vitoria tan perdida,
tan amante, tan pagada
de discreción alquilada,
a que es propia persuadida,
que sus propósitos vanos
mi envidia desbarató;
mas ¿qué mucho, si nació
la envidia de dos hermanos?
A Carlos quiero en efeto
por ser de mi hermana amado,
y un medio tengo estudiado
con que le hagamos discreto;
mas para esto he de valerme
de vos.

PEDRO: Eso es gran favor.

DUQUESA: La discreción y el amor
que está seguro, se duerme
y descuida sus recelos
hasta que penas recibe.
No hay cosa que más avive
el ingenio, que los celos.

PEDRO: Antes tienen opinión
de necios.

DUQUESA: En los maridos;
que en amantes entendidos
su esfera es la discreción.
¿No os holgaréis vos de ver
discreto a Carlos?

PEDRO: ¿Quién duda?

DUQUESA: Pues veréis como se muda,
si fingís, don Pedro, ser
su competidor.

PEDRO: Con tal
que de sujeto mejore,
a vos discreto os adore.
Antes al gran mariscal
le sirvo ansí que le agravio,
y yo en esperanzas medro.

DUQUESA: ¿Cómo es eso? No, don Pedro,
que si no sacamos sabio
a Carlos, no ha de perderle
Vitoria; y si vos la amáis
antes que efetos veáis
de esta cura, es ofenderle,
y compitiendo los dos,
fuera experiencia crüel,
que se quedase necio él,
y os perdiésemos a vos.
Y habéis de hablarla con tiento.

PEDRO: Pues, señora, esto de amar,
¿es acaso recetar
por adarmes?

DUQUESA: Esto intento,
o dejarlo.

PEDRO: Vuexcelencia,
porque mi pena aliviase,
me aconsejó que olvidase
mi dama, con la asistencia
de su hermana; y si al presente
me pone tasa en hablar,
¿de qué suerte he de olvidar
mis desdichas?

DUQUESA: Fácilmente.
Cuando os obligare Amor
a apetecer a Vitoria,
haced entonces memoria
de vuestra dama Leonor.
Y si aquesta predomina,
de Vitoria os acordad;
será con facilidad
una de otra, medicina.

PEDRO: Alto, señora; yo intento
regirme en todo por vos.

DUQUESA: Si compiten estas dos,
divertido el pensamiento,
no os afligirá ninguna;
y yo, si por vuestro medio
tiene el mariscal remedio,
estimaré mi fortuna.
Pero advertid que me deis
los papeles que le escriba

mi hermana, porque reciba
los que en su nombre llevéis;
que han de ser míos.

PEDRO: ¡Ah! Sí.

DUQUESA: Pero advertid que a los dos,
digo, al mariscal y a vos,
según el orden que os di,
tiene de ir cada papel
que escribiere, dedicado.

PEDRO: ¿A mí y todo?

DUQUESA: Disfrazado,
y a lo claro para él.

PEDRO: Pues ¿de qué suerte podré
saber lo que es para mí?

DUQUESA: Buscad, don Pedro, que ansí
vuestro ingenio probaré.
Y en esto del divertiros,
sea como se ha ordenado:
ni Vitoria os dé cuidado
ni doña Leonor suspiros;
sino de suerte apartad,
que ande dudosa en las dos
vuestra voluntad, y... adiós.

PEDRO: ¡No os vais, señora, aguardad!

DUQUESA: ¡Qué queréis?

PEDRO: Y si la llama
que entre los dos recetáis
crece, ¿podré, si gustáis,
divertirme en otra dama?

DUQUESA: ¿Por qué no? Poco eso os cuesta,
que quien ésta os permite
no es bien que esotra os limite.

PEDRO: ¿Y si fuérades vos ésta,
ya que sabia me curáis
decid también ¿por qué no?

DUQUESA: ¿Pues puedo quitaros yo
que no améis a quien queráis?

PEDRO: En fin, ¿bien podré serviros,
según vuestra cura ordena?

DUQUESA: No me moriré de pena...

PEDRO: Dadme...

DUQUESA: ...esto por divertiros.

PEDRO: ...esa mano.

DUQUESA: Ésa está a censo
de Carlos.

PEDRO Ya sois crúel.

DUQUESA: Mas besadla en nombre de él.

PEDRO: ¿Y en mío no?

DUQUESA: Ni por pienso.

Vase la DUQUESA

PEDRO: Ahora sí que salís,
recelos, de confusión.
Dichosa es esta ocasián,
voluntad, si os divertís.
La duquesa por rodeos
muestra que la doy cuidado;
doña Leonor se ha casado;
olvidémosla, deseos.
A Vitoria me permite
hablar porque la vergüenza
pretende que el amor venza;
mas cuando la solicite,
y ame a Carlos la duquesa,
¿qué perderé yo en querer
la mas hermosa mujer
que el niño Amor interesa?
Acabemos pues, Amor,
y acabad, mis inquietudes,
y olvidad ingratitudes
de mi patria y de Leonor.

Sale ROMERO

ROMERO: (¡Válgate Dios por secreto! **Aparte**
¡Qué malos ratos me has dado!)

PEDRO: ¿Qué hay, Romero?

ROMERO: Estoy preñado.

PEDRO: Loco dirás.

ROMERO: Y en aprieto
notable. ¿No habrá comadres
que secretos partiricen
porque no me martiricen
hijos que no tienen padres?
¡Jesús! ¡Qué revolución
de tripas!

PEDRO: Anda, borracho.

ROMERO: Quiere salir el muchacho,
y no le deja un doblón.
Ya yo podré dar remedio

mejor que el dotor Laguna
para no abortar ninguna.
Récipe de medio a medio
de lo hablado cada día
un doblón, que si le pruebas,
aunque agua de esparto bebas,
no malparirás la cría.

PEDRO: ¿Qué archivo de necedades
estudias que siempre vienes
con temas nuevos?

ROMERO: No tienes
parte en mis enfermedades,
pues son de melancolías.
Mala condición, y humor:
tanto que dijo un dotor
hoy que eran hipocondrías.
¡Cuánto ha que no me has hablado!

PEDRO: Tal, Romero, me han traído
desvelos que he padecido,
misterios que no he alcanzado.
La duquesa Margarita
sabe, y no sé yo de quién,
mi sangre y nombre, también
qué dama el sueño me quita,
las traiciones de don Vela,
y mudanzas de Leonor.

ROMERO: ¡Válgame Dios!

PEDRO: O es Amor,
o misteriosa cautela
que por ilícitos medios
mis secretos le dibuja.

ROMERO: Sí, traza tiene de bruja;
ella nos dará remedios
con que volemos los dos
a Burgos en un instante.

PEDRO: ¿Para qué, si con su amante
se casa Leonor?

ROMERO: ¡Por Dios!

PEDRO: Ella me lo ha dicho aquí,
hasta llegarme a pintar
de la mudable el lunar
del rostro.

ROMERO: Ése yo le vi.

PEDRO: Tiéneme esto tan confuso
que me ha de quitar el seso.
¿Quién de todo mi suceso
a darle cuenta se puso
tan de espacio?

ROMERO: Una redoma
con dos diablos encerrados;
que hay demonios redomados
en la judería de Roma.

PEDRO: Diera por saber el cómo
cualquier cosa.

ROMERO: Yo también
por sacar a luz con bien
treinta quintales de plomo.
Mas fácil saberlo fuera,
a no haber espaldas y ancas
y palos si menos blancas
un doblón, señor, tuviera.
(¡Vive Cristo, que reviento **Aparte**
por desbucharlo.)

Sale la DUQUESA

DUQUESA: El papel
es éste, mirad en él
lo que os toca, y el intento
proseguid que os he ordenado.

La DUQUES le da a don PEDRO un papel y se va

ROMERO: (A no salir en dos credos, **Aparte**
secretos, meto los dedos
y quedo desembargado.)

Sale el mariscal CARLOS

CARLOS: Don Pedro, después acá
que os comunico y estimo,
y con la lición me animo
que vuestra amistad me da
soy otro. ¡Válgame Dios!
¡Qué poco a mis padres debo!
Vos me disteis ser de nuevo,
y así mi padre, sois vos.
¿Sabéis en que echo de ver
que no soy ya lo que he sido?
En que siendo presumido
primero, debí de ser
grande necio, porque son
de una misma calidad
presunción y necedad;
mas ya que sin presunción
estoy por vos, me prometo,
con milagrosa mudanza,
hallar la dicha que alcanza
la amistad con el secreto.

PEDRO: Dad esas gracias, señor,
a vuestra dama, y no a mí,

pues cuando servirla os vi,
en la escuela de su amor
hice venturoso aprecio
del bien que habéis conseguido.
Vos, señor, nunca habéis sido
lo que decís, porque el necio
es incurable.

CARLOS: Es ansí.
Mas ¿qué es lo que he sido yo
hasta ahora?

PEDRO: Necio no,
poco ejercitado sí;
porque la ocasión divierte
el alma con la experiencia.

CARLOS: Admiro la diferencia
que en mi nuevo ser se advierte.
¡Grande fuerza tiene Amor!

PEDRO: Mayor la tienen los celos,
pues engendran sus desvelos
un ingenio superior.

CARLOS: ¿Habláis, don Pedro, de veras?

PEDRO: Tanto, que si no se esmalta
con ellos amor, le falta
lo mas perfeto. Quimeras
son de un tormento gustoso.
En efeto, son la sal
de todo amor; sin la cuai
el más fino no es sabroso.

CARLOS: Pues ¿dónde podré yo hallar
tan nueva mercaduría?

PEDRO: El mismo amor que la cría.
De balde la suele dar.

CARLOS: Pues cueste lo que costare,
yo deseo estar celoso.

ROMERO: (El deseo es provechoso, **Aparte**
y más cuando se casare.)

PEDRO: Ahora bien, quede esto ansi;
que yo os daré tantos celos,
que vuestro amor crezca a vuelos
y quedáis sabio por mí.
Ésta es, señor, vuestra dama
con vuestros competidores.

CARLOS: Celos, si aumentáis amores,
feliz quien suyos os llama.

Salen VITORIA, hablando con PRÓSPERO y RUGERO, y CRIADOS

VITORIA: Duques, ya sabéis los dos
que tengo el gusto sujeto
a la eleccion de mi hermana;
lo que me estima y la debo
a mi hermana me remito.

PRÓSPERO: Como os resolvéis en eso,
discreta y bella señora,
yo quedaré satisfecho;
porque sé que la duquesa
no tiene otro pensamiento,
según me ha significado,
sino ayudar mis deseos.

RUGERO: Hame prometido a mí,
si la lengua por rodeos,
claramente por los ojos,
que he de ser esposo vuestro.
Solamente el mariscal,
más por dichoso que cuerdo,
favorecido y alegre
con plumas vuela hasta el cielo
del amor que le mostráis.

VITORIA: No sé yo que tan discreto
es quien mientras no es querido,
a su dama pide celos;
que estos suponen amor.
Pretended, y dejaos de eso;
que los amantes alcanzan
obligando, y no arguyendo.
¡Oh Carlos! ¿Aquí estáis vos?

CARLOS: En fe de que amor es pleito,
oigo a mis opositores
informar de su derecho,
pero informan de palabra
y éstas se las lleva el viento,
y yo por pluma, en señal
de lo que en ellas os debo;
y ansí vivo más seguro.

VITORIA: Ya, Carlos, habláis discreto;
y si amor turbar os hizo,
debáis ya de querer menos.

CARLOS: Amor es dios estudioso,
que poco a poco creciendo,
en la escuela como niño,
empieza en los rudimentos.
Era entonces ignorante;
mas la industria del maestro
y el deleite de adoraros
le van dando atrevimientos.

VITORIA: (¡Hay semejante mudanza!) **Aparte**

PRÓSPERO y RUGERO hablan aparte

RUGERO: Próspero, ¿no escucháis esto?

PRÓSPERO: ¿Hay quien repique a milagro?
Desasnóse nuestro necio.

CARLOS: A mucho obliga un amor,
un amigo sabio y cuerdo,
y una suspensión süave.
Mucho le debo a don Pedro.

VITORIA: Mucho más le debo yo,
pues resulta en mi provecho
la mudanza que en vos hizo.

PEDRO: Los pies mil veces os beso.

CARLOS: Medrando con sus liciones
veréis mi acrecentamiento,
y mas si como se afirma,
se esmalta mi amor con celos.

VITORIA: ¿Celos sabéis pedir ya?

CARLOS: No los pido; mas deseo
comprarlos, porque me afirma
mi secretario, que en ellos
consiste la discreción.

PRÓSPERO: (Volvió la piedra a su centro. **Aparte**
Todo discreto estudiado,
a la postre acaba en necio.)

VITORIA: ¿Pues son ya mercadería
los celos?

CARLOS: Si tienen precio,
sí, señora; porque todo
se vende ya en nuestros tiempos.

VITORIA: ¿Y dónde pensáis hallarlos?

CARLOS: Hámelos de dar don Pedro,
que así me lo ha prometido.

VITORIA: A tener conocimiento,
Carlos, de lo que compráis,
no hiciérades tal empleo
porque celos, ni aun de balde.

CARLOS: Como en amar no estoy diestro,
pasar quisiera a mayores
y estar celoso; que tengo
para mí que es facultad
que sutiliza el ingenio.

VITORIA: En fin , ¿celos queréis?

CARLOS: Sí.

VITORIA: ¿Y os los ha de dar don Pedro?

CARLOS: Sí, gran señora.

VITORIA: ¿Y conmigo?

CARLOS: Con vos.

VITORIA: ¿Y si yo no quiero?

PEDRO: A quererlo vos, no fueran
celos.

VITORIA: ¿No? ¿Pues qué?

PEDRO: Escarmiento.

ROMERO: (Di fruta de Medellín, **Aparte**
si pretendes dar con ellos.)

VITORIA: Ahora, Carlos, sed celoso,
pues lo deseáis. Veremos
si del modo que os lo afirman,
os halláis sabio, por serlo.
(¡Don Pedro celos conmigo **Aparte**
al gran Mariscal! ¿Qué es esto
alma, en que entender lleváis.

Vase VITORIA

RUGERO: Corrido voy.

PRÓSPERO: Yo voy muerto.

RUGERO: ¡Que nos menosprecie ansí
Vitoria por este necio!

PRÓSPERO: Es dichoso, ella mujer,
yo infelice, y vos discreto.

Vanse los dos

CARLOS: Secretario, id a buscarme
lo prometido, y sea luego.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sale VITORIA

VITORIA: ¡Que conmigo le ha de dar
don Pedro celos a Carlos!
Pues ¿de qué suerte ha de darlos,
si yo no le doy lugar?
Oblígame a sospechar
esta dudosa quimera
que en mi amor don Pedro espera
hacer esta duda clara
y no sé si me pesara
que don Pedro me quisiera.
Cuando me da algún papel,
en sus ojos habladores
miro que me dice amores
más apacible que fiel.
Admití a Carlos por él;
que puesto que sangre real
le hizo gran Mariscal
de Nápoles, si le quiero
más es por el mensajero
que no por el principal.

Sale ROMERO

ROMERO: (¿Quién quiere apararme allá **Aparte**
Mil secretos, que le arrojo?)

VITORIA: (Éste le sirve.) **Aparte**

ROMERO: (¡Qué enojo!) **Aparte**

VITORIA: Vení acá; llegaos acá.
¿Servís vos al secretario
de Carlos?

ROMERO: Sí, mi señora
y soylo yo suyo agora
sirviendo el vientre de armario.
(¡Maldiga Dios tantas blancas **Aparte**
como dieron a un doblón!)

VITORIA: ¿Tiene don Pedro afción
aquí, o en España?

ROMERO: (¡Trancas! **Aparte**
¡Que me fuerzan a decir
lo que escondo! Haced la cuenta
de los palos. ¡Mil sesenta!
Lengua, callar y sufrir.)

VITORIA: ¿No respondéis?

ROMERO: No me atrevo
porque siendo respondón
pierdo, señora, un dobló
y más de mil palos llevo.

VITORIA: ¿Palos por lo que os pregunto?

ROMERO: No, pero en esto de hablar
en dándome en deslizar,
soy como calza de punto.
Hele hecho pleito homenaje
de callar a mi señor.

VITORIA: Señal de que tiene amor
aquí.

ROMERO: Vaya esto de encaje,
sin preguntarme otra cosa.
En Burgos donde nació,
a doña Leonor sirvió
de Castro, rica y hermosa.
Dejóle por un privado
del rey, que siendo su amigo,
le fue traidor, y en castigo
de su traición, oleado
de un espetón le dejó.
vio a Nápoles, donde ha sido
la pobreza que ha tenido
tanta, que a servir entró
a Carlos de secretario.
Y con aquesto, chitón,
que me la jura un doblón
y habrá palo temerario.

VITORIA: Debe de ser principal
el don Pedro que decís,
pues de esa suerte sentís
que sirva al gran mariscal.

ROMERO: Ya se le suelta otro punto
a la cala del secreto.
Es del rey don Pedro nieto,
y en desdichas su trasunto.
Persíguele el rey don Juan,
porque recela el derecho
que tiene al reino y sospecho
que si sus contrarios dan
con él, que acabe la historia
que su padre comenzó
cuando sin culpa murió
en el alcázar de Soria.

VITORIA: Ya yo sé el suceso todo
de ese infante desdichado;
que acá su fama ha llegado,
y en la sustancia y el modo
lo afirma su decendiente.
¿Mas dura de la Leonor
la esperanza y el temor
que tanto su ausencia siente?

ROMERO: Señora, tecla me toca
vuexcelencia, que me hurga
el alma, y toda la purga
se me ha venido a la boca.
"Adiós ojo," dijo el otro
secreto, sin reparar,
vas matas y por rozar;
mas vale aquí que en el potro.
Doña Leonor se casó
con el herido don Vela.
Vuestra hermana se desvela
por su amor. Contéla yo
toda su historia y suceso
y cierro pliego la di
de doña Leonor, que aquí
tiene de ser mi proceso.
Además, ciego por él,
contéla que el mariscal
no era el autor principal
de tanto sutil papel.
Esto puede tanto en ella,
que de mi amo enamorada...

VITORIA: Oid, oid.

ROMERO: ...y abrasada
de celos de Leonor bella...

VITORIA: Escuchad.

ROMERO: Me preguntó
su linaje y sus amores...

VITORIA: Parad.

ROMERO: ...del rey los rigores,
cómo, por qué, cuándo huyó,
sus desdenes, sus regalos,
si la amaba, si escribía...
Dame un doblá cada día
y si no callo, mil palos...

VITORIA: Detente , hombre.

ROMERO: ...mas, por Dios,
que aunque más el seso pierda,
que de Vitoria se acuerda
don Pedro.

VITORIA: ¿De quién?

ROMERO: De vos
porque anoche soy testigo
que don Pedro de Castilla
dijo, "¡Ay bella Vitorilla!
quién se casara contigo!"

VITORIA: ¿Estás loco?

ROMERO: Yo sutil,

dije, "Cuando a hablarla vas,
díselo una vez no más;
diráselo el diablo mil."
Pues él viene, averigualdo;
que ya yo, señora mía,
purgué cuanto yo sabía,
y voy a tomar el caldo.

Vase ROMERO

VITORIA: Éste, entre burlas y veras,
me ha dicho lo que temí.
Con mis recelos salí.
No son mis celos quimeras.
No fue a la promesa ingrato.
¡Miren en qué el casto intento
paró! ¡El aborrecimiento
de la grandeza, el recato!
¡El publicar que hacía
de su estado sucesora!
Pues en vano se enamora,
que don Pedro es prenda mía.
Y si ella por más edad,
a Amalfi hereda, yo heredo,
si en don Pedro alegar puedo,
amorosa antigüedad.

Sale don PEDRO, creyéndose solo

PEDRO: Al gran mariscal y a mí
dijo que se dedicaba
el papel que me enviaba
y después que le leí
mandándome responder,
n hallo cosa que me toque
y que al amor no provoque
de Carlos. Esta mujer,
que tantas cosas penetra
me ha de sacar de sentido.
Desde ayer acá he leído
el papel letra por letra
mil veces, y vive Dios,
que cuanto más y más leo,
dudo más, y menos veo
de mi parte.

VITORIA: ¿Aquí estáis vos,
don Pedro?

PEDRO: Hermosa señora,
en idea trasformado,
por estar en mí elevado,
no sé si estoy en mí agora.

VITORIA: En fin ¿habéis de dar celos
conmigo al gran mariscal?

PEDRO: Pídelos él, soy leal;
si no los doy, opondrélos,
cumpliendo la obligación
en que me pone el deseo
de verle discreto.

VITORIA: Creo
que estos vuestros celos son
celos, don Pedro, a dos haces.

PEDRO: ¿Cómo?

VITORIA: Porque hacen por dos,
obedeciéndole vos,
por él guerra, por vos paces.

PEDRO: No entiendo a vuesa excelencia.

VITORIA: ¿Podéisle vos celos dar
si no me fingís amar,
hablándome en su presencia?

PEDRO: No, señora.

VITORIA: ¿Luego ya
sois mi amante aunque fingido.

PEDRO: No sé lo que soy o he sido.

VITORIA: Eso el tiempo lo dirá.
Pero si delante de él
me estáis diciendo agudezas
y proponiendo finezas
de secreto firme y fiel;
mientras Carlos esté loco
sospechas averiguando,
riendo yo y vos burlando,
¿seré yo para tan poco,
que mientras digáis quimeras
que de burlas propongáis,
no os obligue a que volváis
enamorado de veras?
¿No podréis obedecer,
pues entráis tan sin temor
por los umbrales de amor?

PEDRO: ¡Ojalá que merecer
pudiera tal mi ventura,
dejando aparte el respeto
que a Carlos debo y prometo!
Esto es lo que se procura;
pero, señora, ¡qué fuera
que de burla semejante
saliese yo vuestro amante!
Nunca otro mal me viniera.

VITORIA: Pero si habéis de empezar
a dar a Carlos recelos,
aquí viene a feriar celos;
y os juro que ha de llevar

tantos de mí, que corrido
de habernos dado ocasión,
maldiga la discreción
que entre los dos le ha metido.

Salen CARLOS, que se queda al paño, y la DUQUESA, que sale poco después se queda también retirada

CARLOS: Rato ha que le dejé aquí.
¿Si habrá los celos hallado
que me traen tan desvelado
por el papel que le dí?

DUQUESA: Sabrá don Pedro el amor
que cara a cara no osé
decirle, y remediaré
si le adivina el temor
que traigo, de que a mi hermana
ama, cual le permití.
Mas los dos están aquí.
Toda sospecha es villana,
y villano es el afeto
que ha engendrado en mí el mirarlo.

Hablan aparte VITORIA y don PEDRO

VITORIA: Atento nos mira Carlos.
Proseguid, pues sois discreto.

PEDRO: Empiezo, pues.

Alto

Ya sabéis
quién soy, y cuan bien nacido
me hizo el cielo.

VITORIA: Ya yo sé
que vuestro padre fue hijo
de don Pedro el Justiciero,
a quien con falso apellido
llaman crüel las historias
que imprimen sus enemigos.
Sé que una dama inconstante,
aunque os amó a los principios,
llevada del interés
de un galán favorecido
de vuestro rey, eclipsó
las memorias en olvido
como su amante en vil trato
correspondencias de amigo.
Y le hirió vuestra venganza
mortalmente, y del castigo
del severo rey huyendo
fue Nápoles vuestro asilo.
Destierro y necesidad

os han de suerte abatido
que servís a quien pudiera
mejor, don Pedro, serviros.
Mirad si sé vuestra historia

DUQUESA: (El crïado fementido **Aparte**
le ha dado cuenta de todo.)
Lo que confuso me dijo,
la relató por extenso.

CARLOS: (Yo estoy en buen laberinto.) **Aparte**

VITORIA: Decid, don Pedro, adelante.
Proseguid la historia.

PEDRO: Digo
que, pues todo lo sabéis
y habéis de mí conocido
cuando os traigo los papeles
de Carlos ponderativos,
en los ojos...

VITORIA: Ya, ya sé
que os debo algunos suspiros
y que os sirve mi memoria
de medios preservativos
contra rigores y ausencias
que cohechan el olvido
de doña Leonor de Castro.

CARLOS: (Malos son estos indicios.) **Aparte**

VITORIA: Sé también que los papeles
que tanto alabo y estimo,
teniéndoos a vos por padre,
me venden otro adoptivo.

CARLOS: (Peor es esto.) **Aparte**

VITORIA: Y creed,
don Pedro, que los estimo
sólo porque se os parecen,
como a sus padres los hijos.
Autorízase con ellos
quien muestra que simple ha sido
en creer que ha de engañarnos,
discreto por artificio,
necio por naturaleza.

CARLOS: (Vive Dios, que estoy corrido. **Aparte**
¿Hay deslealtad semejante?
¿Qué es esto, cielos? ¿Qué hechizos
se me han entrado en el alma
que me hielan encendidos?
Matarélo, vive el cielo,
si villano y fementido
rompe don Pedro la fe
de secretario y amigo.

PEDRO: A la merced que me hacéis
estoy tan agradecido,
cuanto imposibilitado
de volver retornos dignos.
Pero creed que a no estar
de por medio bien nacidos
rspetos y obligaciones
de la persona a quien sirvo
que hubiera dicho la lengua
lo que los ojos han dicho,
explicando por palabras
lo que publican suspiros.
Mártir de mis pensamientos
en esta ocasión he sido;
que por estarle tan bien
a Carlos ahora explico.
¿Tiénele amor vuexcelencia?

DUQUESA: (La comisión ha excedido **Aparte**
el ingrato, que le he dado.
O no ha el papel entendido,
o lo que es más cierto, está
enamorado y perdido
de mi hermana.

CARLOS: (Yo me abraso **Aparte**
de no sé qué. Yo me aflijo
de un mal cuyo nombre ignoro.
Culebras y basiliscos
el alma me están royendo.
Yo adoro, al paso que envidio.)

VITORIA: ¿La duquesa tiene amor
a Carlos?

PEDRO: Hame pedido
que celos con vos le dé,
porque afirma que el oficio
de estos es sutilizar
los ingenios abatidos,
porque necios y celosos
son dos extremos distintos.

CARLOS: (Si celos hacen discretos, **Aparte**
celos deben ser los míos
que mi entendimiento apuran
y atormentan mis sentidos.)

PEDRO: No repara más que en esto,
que quisiera, y no me admiro
verle al paso que galán,
cortesano y advertido.

VITORIA: ¿Luego vos, no enamorado,
sino solo comedido,
por obedecer mi hermana
de mi amante dais indicios?

PEDRO: Por lo uno y por lo otro;
siento lo mismo que finjo,

mándanme lo que deseo,
y a un tiempo a dos blancos tiro.

VITORIA: ¿Cómo estaré yo segura
que no mentís?

PEDRO: Persuadiros
puedo yo lo que os adoro.

VITORIA: ¿Y la Leonor?

PEDRO: Ya la olvido.

VITORIA: ¿Y mi hermana?

PEDRO: Ya es de Carlos.

VITORIA: ¿Y Carlos?

PEDRO: Ya es su marido.

VITORIA: ¿Y vos?

PEDRO: Soy esclavo vuestro.
VITORIA: ¿Y yo?

PEDRO: Sois el dueño mío.

Vase VITORIA. Quédase la DUQUESA al paño y CARLOS se dirige a don PEDRO

CARLOS: Si no tuviera respeto
a la casa donde estoy,
villano, viérades hoy
de mi venganza el efeto.
¿Para qué me hacéis discreto
si multiplican agravios
mis injurias en los labios
para que más me atormenten;
aunque no de un modo sienten
los ignorantes y sabios?
Vos infamáis el valor
que el rey don Pedro os ha dado,
competidor, de crïado,
de secretario, traidor.
Al derecho de mi amor
mal oponerse podrán
papeles que vuestros dan
puerta a amorosos delitos.
Mi causa hicieron escritos,
y en mi nombre vencerán.
Cuando el capitan venció,
del señor se hace memoria;
Al rey se da la vitoria
pero a los vasallos no.
La vitoria que hoy os dio
vuestra industria y mi porfía,

dcslealtad y alevosía
será usurparla a mi amor;
que pues soy vuestro señor,
ha de ser Vitoria mía.
Pero goce nuevo empeño
de su amoroso cuidado,
pues a quien fue mi crïado
pretende elegir por dueño;
que favorecida en sueño
os juzgará inadvertida
cuando mi venganza impida
el logro que no tendréis.

Sale la DUQUESA

DUQUESA: Y cuando vos no os venguéis,
le quitaré yo la vida.

Que no ha de llamar esposo
mi hermana a un hombre sin ley,
fugitivo de su rey,
y a su señor alevoso.
Cuando yo a Carlos amara,
que es verdad que he deseado
verle por vos en estado
que mi sangre y casa honrara,
¿tenéis vos merecimientos
para poder pretender?
Que en vos sólo alcanzo a ver
pobreza y atrevimientos.
Sois un loco, un desleal,
unn bárbaro, un ignorante,
un presumido arrogante,
indigno que el mariscal
os confïase su pecho...

CARLOS: Sois un secretario infiel,
discreto solo en papel,
de vos mismo satisfecho,
un amigo que rompió
las leyes, sin hacer caso,
de la amistad.

DUQUESA: Carlos, paso,
que basta reñirle yo.

CARLOS: ¡Quien de los límites pasa
de la amistad y prudencia!

DUQUESA: Yo sola tengo licencia
de reñir en esta casa.
CARLOS: Si vos amparo le dais...

DUQUESA: Yo no le doy a un villano;
más no quiero que a la mano,
cuando me enojo me vais.

CARLOS: Vuexceiencia me perdone;
satisfacción me dará.

A don PEDRO

Pues de vos me vengará
quien castigaros propone.

A don PEDRO

DUQUESA: Yo haré que llevándoos preso
a Castilla, en un cadalso
a mí me venguéis por falso,
y a vuestro rey por travieso.

CARLOS: Yo le llevaré, si ansí
vos, señora, lo ordenáis.

DUQUESA: ¡Oh, Carlos! ¡Qué extraño estáis!
Dejadnos solos aquí.

CARLOS: Pues siendo yo el injuriado,
que quiera vengarme ¿es mucho?

PEDRO: Ya las injurias que escucho,
mi paciencia han apurado.
Carlos, porque os he servido,
respeto os debo tener;
privilegios de mujer
señora, he reconocido
aunque también dais indicios
de ingratos, pues si los sabios
vuelven gracias por agravios,
dais agravios por servicios.
Yo no he sido desleal;
sino tan leal a los dos,

A la DUQUESA

que obedeciéndoos a vos,
he servido al Mariscal.

CARLOS: ¡Servirme a mi es pretender
que mi dama vuestra sea!

DUQUESA: ¡Servirme a mí quien desea
a mi hermana por mujer!

A la DUQUESA

PEDRO: Pues vos ¿no me aconsejasteis
que a Vitoria pretendiese?

Al mariscal CARLOS

Y vos que celos os diese,
¿no me mandasteis?

¿Para qué os quejáis de mí,
si de esto tenéis memoria?
Divertíme con Vitoria,
y celos a Carlos di.

CARLOS: ¿Celos son éstos?

PEDRO: Son llave
de Amor, con que medra y crece.

CARLOS: ¡Oh celos! Esto merece
quien compra lo que no sabe.
Dijistes tanto bien de ellos,
que por vos los procuré.
Tan crüeles los hallé
que me atormentáis con ellos.
¡No más celos en mi vida,
no más, rabiosa pasión,
tan costosa guarnición!

DUQUESA: Carlos, yo estoy ofendida,
y vos en el mismo estado
con mi hermana que hasta aquí
que os he querido finjí;
mas ya sabéis que he dejado,
por lo que a mi hermana quiero,
en ella la sucesión
de mi casa. En conclusión,
casaros con ella quiero.
Proseguid con vuestro amor,
y quedad escarmentado
de serviros de crïado
que sabe más que el señor;
que del presente que vemos,
pues nos ha engañado ansí,
desterrándole de aquí,
vos y yo nos vengarémos.

CARLOS: Por vos, bella Margarita,
se sosiega mi esperanza,
puees vuestro favor alcanza
lo que un ingrato me quita.
¡No más celos, ni aun en sueños!
¡Que tales penas ofrecen!
Pero siempre se parecen
las dádivas a sus dueños.

Vase CARLOS

DUQUESA: Solos habemos quedado.

PEDRO: Solos, pero yo ofendido.

DUQUESA: Amante favoreeido,
si de ausentes olvidado.
¡Buena ganancia habéis hecho!
Ya os quiere mi hermana bien.

PEDRO: Si vos me mostrais desdén,

señora, ¿de qué provecho
ha sido el ejecutar
los remedios que dijistes?

DUQUESA: Quíseos yo, si lo entendistes,
divertir, no enamorar.
Mas quien exceder procura
remedios que el sabio da,
de qué modo sanará
echando a perder la cura?

PEDRO: Pues, señora, ¡aquí de Dios!
Si a Carlos decís que amáis,
si que le hable me mandáis,
si siendo tan cuerda vos,
queréis curar mis desvelos
con invención semejante,
y empezando a ser amante,
os dais a vos misma celos,
¿puedo yo saber secretos
que palabras contradicen?

DUQUESA: ¡Qué necios son los que dicen
que sabáis hacer discretos!
¿Habéis leido el papel
escrito a Carlos y a vos?

PEDRO: Iba dedicado a dos;
mas no hallo palabra en él
que no haga a Carlos favor,
sin hacer mención de mí.

DUQUESA: ¿Leistesle bien?

PEDRO: Leí
hasta la tilde menor,
y por Dios que es caso recio
que ansí me desatinéis.

DUQUESA: Basta, que desde que hacéis
discretos, pecáis de necio.
¿Traeisle ahí?

PEDRO: Sí , señora.

DUQUESA: Leedle.

PEDRO: Ya le leí,
y no hay cosa para mí.

DUQUESA: Leedle, acabad ahora.

PEDRO: Ansí dice.

DUQUESA: Comenzad.
Túveos yo por avisado
y Carlos os ha pegado,
don Pedro la enfermedad.

Lee

PEDRO: Mariscal, si sois cuerdo, en esta empresa,
amando, mucho vuestra dicha gana.
Estimad los favores de mi hermana,
pues que no dan disgusto a la duquesa.
Proseguid, y pues veis lo que interesa
con ella vuestro amor, la pena vana
que tenéis, olvidad de la tirana
voluntad, que vuestra alma tiene presa.
Mirad que si os preciáis de agradecido
eterna fama y triunfo de esta gloria
gozoso ganaréis contra el olvido.
Acordaos, y a vuestra alma haced memoria
que siempre, de que sois de mí querido
me acuerdo, mucho más que de Vitoria.

En todo aqueste soneto
que a Carlos, señora, di,
¿hácese mención de mí?

DUQUESA: ¡En verdad que sois discreto!
Todo casi es para vos.

PEDRO: ¿Para mí? Si al mariscal
nombráis, si en él liberal
le favorecéis...Por Dios,
señora, que pretendéis
enloquecerme.

DUQUESA: Pretendo
que entendáis que yo os entiendo.
Como a mi hermana queréis,
ponéis tan poco cuidado
en averiguar curioso
ese papel misterioso
que no habéis en él hallado
lo que discreto penetra
y el natural debe al arte.
Leedle parte por parte,
miradle letra por letra
y hallaréis, al advertillas,
un papel que encierra dos.
Buscad ahí para vos
un soneto en redondillas.

PEDRO: ¿En redondillas soneto?

DUQUESA: Cada día hay cosas nuevas
y el ingenio todo es pruebas.
Buscadle, si sois discreto.

PEDRO: Un soneto italiano
tiene sálo este papel.

DUQUESA: ¿Pues no puede dentro de él
venir otro castellano?

PEDRO: No sé cómo.

DUQUESA: Dadle acá.
Limitado entendimiento
es el vuestro. Estadme atento.

PEDRO: Atenta y confusa está
el alma.

DUQUESA: Llegaos aquí.

Lee los primeros endecasílabos del soneto

Leyéndole de este modo,
no habla el soneto todo
con Carlos?

PEDRO: Señora, sí.

DUQUESA: Pues mirad si es para dos
aunque en sentidos diversos.
Lo postrero de los versos
es, don Pedro, para vos.

Lee

Si sois cuerdo, en esta empres,
mucho vuestra dicha gana.
Los favores de mi hermana
dan disgusto a la duquesa.
Y pues veis lo que interesa
vuestro amor, la pena vana
olvidad de la tirana
que vuestra alma tiene presa.
Si os preciáis de agradecido,
fama y triunfo de esta gloría
ganaréis contra el olvido.
A vuestra alma haced memoria
de que sois de mí querido
mucho más que de Vitoria.

PEDRO: ¿Pues quiere vuesa excelencia
que llegue yo a conocer
solamente con leer
versos en circunferencia,
favores dados a oscuras,
puestos para ostentación
más de vuestra discrecián
que de humanas conjeturas?
Entre renglones escrito,
¿quién diera en este secreto?

DUQUESA: Vos, don Pedro, sois discreto;
mas discreto de poquito.
Sed amante de Vitoria
que con poco se contenta,
y a vuestro destierro atenta,
sabe toda vuestra historia.

Con vos desposarse espera.
El alma y la mano os dio.
Andad, servidla, que yo
me pasaré como quiera.

PEDRO: Eso no, señora mía,
perdóneme su afición;
que tan bella discreción
culpa el perderla sería.
Yo salí con mi deseo.
Con los celos que le he dado,
es ya cuerdo y avisado
Carlos; quejoso le veo.
Que se queje no permita
mi lealtad quien se acuerda
de mi fama, ni yo pierda
mi preciosa Margarita.
Si pretendí inadvertido
menoscabos de mi fe,
a la mano que os besé
perdón amoroso os pido.
Negármela será en vano.
Bien me queréis. ¿Qué dudáis?

Le toma una mano y se la besa

DUQUESA: Soltad.

PEDRO: Si os desenojáis
primero.

DUQUESA: Soltad la mano.

PEDRO: En ella estriba mi abono.

DUQUESA: Soltalda y si no, me iré.

PEDRO: Si os desenojáis, sí haré.

DUQUESA: Soltadla, que yo os perdono.

Sale VITORIA

VITORIA: (¡Mano y perdón! ¡Ay tiranos
engaños!

La DUQUESA habla bajo

DUQUESA: Mi hermana es.

VITORIA: No pecáis de descortés,
si a tantas dais besamanos.
¡Ay, hermana, en fin, crüel!
No en vano mis quejas fundo.
¿Pretendos dejar el mundo,
y méteste más en él?

DUQUESA: ¿Pues tú a mí me reprehendes,
cuando por cumplir tu amor,
sabiendo que haces favor
a don Pedro, y que pretendes
olvidar al mariscal,
quiero casarle contigo?
Él viendo lo que le obligo,
llegó cortés y leal,
y la mano me besó.
Poca liviandad arguyo,
si ha de ser esposo tuyo.

VITORIA: ¿Eso es cierto?

DUQUESA: No sé yo
si lo será, que has andado
muy necia y muy maliciosa.

VITORIA: ¡Yo tengo de ser su esposa!
Perdona, si te he enojado.
Luego ¿eso Don Pedro intenta?
Si te casas, o me caso,
viviremos las dos...

DUQUESA: Paso,
que hace, Vitoria, la cuenta
sin la huéspeda tu amor.

VITORIA: ¿Pues qué huéspeda hay aquí?

DUQUESA: La huéspeda contra tí
ha sido doña Leonor
que ha un mes que en mi casa ha entrado.

PEDRO: ¿Qué me dice vuexcelencia?

DUQUESA: ¿Pues pudiera yo en su ausencia
haberos sus señas dado,
sin haberla jamás visto?

PEDRO: Eso es imposible cosa.

DUQUESA: Aquí está, amante y celosa.

PEDRO: (¡Qué mal mi enojo resisto!) **Aparte**

VITORIA: ¿Pues qué importa que aquí esté
Leonor celosa o sin celos,
si le obligaron los cielos
a que la mano me dé
don Pedro?

DUQUESA: Bueno sería
ofenderla ansí los dos!

A don PEDRO

¿Qué respondéis a esto vos?

PEDRO: ¡Ay hermosa Leonor mía!

DUQUESA: ¿Qué es eso?

PEDRO: Satisfacer,
contra mi celosa queja,
a quien patria y padre deja
sólo por venirme a ver.

DUQUESA: ¿Luego la tenéis amor?

PEDRO: ¿No he de ser agradecido
a quien de España ha venido...?

DUQUESA: Pues no ha venido Leonor,
ni merecéis a Vitoria,
ni yo desde ahora os precio,
ni de inconstante y de necio
se borrará la memoria
que eternizáis desde aquí.
¿Hay condición más liviana?
¡Ya perdido por mi hermana,
o ya perdido por mí!

PEDRO: ¿Qué es aquesto, confusiones?

Sale ROMERO

ROMERO: Gracias a Dios que te he hallado.

DUQUESA: Prended ¡hola! ese crïado.

Salen CRIADOS

ROMERO: ¿Pues por qué? ¿por seis doblones
que he recibido.

DUQUESA: Sacadle
la lengua, y no por la boca.

ROMERO: ¿Está vuexcelencia loca?
Oiga primero.

DUQUESA: Llevadle.
Sois un deslenguado.

ROMERO: Es mengua
que de mi sangre he heredado;
pero si soy deslenguado,
claro está que estoy sin lengua.
No me la saquen, señora,
que hablaré por el cogote.

DUQUESA: Llevadle y dadle un garrote.

ROMERO: ¡Mas nonada! Acabe ahora.

DUQUESA: Y esté presa en el castillo
ese ingrato castellano.

ROMERO: ¿No es bueno, que esté yo sano
y muera de garrotillo?

VITORIA: ¡Preso don Pedro!

DUQUESA: Acabad.

PEDRO: ¡Preso, señora!

DUQUESA: Llevadle
preso; pero no, dejadle...
¿Pero qué es esto? Aguardad.

Salen CÁRLOS, PRÓSPERO, y RUGERO

CARLOS: Señora, el rey don Fernando
ha tenido de Castilla
cartas, de que está en Amalfi
don Pedro; y la paz antigua
que con España conserva,
a corresponder le obliga
con el gusto de don Juan
que en Burgos goza la silla.
Para esto me ha mandado
prenderle, y si sois servida,
lo pondré en ejecución.

PEDRO: ¡Siguiéronme mis desdichas!
Yo vine huyendo de España,
y parece cosa indigna
de la clemencia de un rey
prender a quien de él se fía.

DUQUESA: Pues don Pedro ¿en qué le ofende?

CARLOS: Recélase de que aspira
a la sucesion del reino,
y hay en fe de esto quien diga
que le ampara Ingalaterra
para lo cual necesita
que con su prisión se atajen
novedades y mentiras.
Esto es lo que solo intenta
el rey, que tan cuerdo mira
lo que está tan bien a todos.

DUQUESA: Menos, conde, a Margarita.
Si le prendéis, dadme muerte.

CARLOS: Ya yo sé, señora mía,
que méritos de don Pedro
gusto y libertad os quitan.
Ejecutor de mi rey

soy yo; mas reconocida
la amistad que con él tuve,
a aconsejaros me obliga
el remedio de los dos.

DUQUESA: ¿Y será?

CARLOS: Que se redima
la vejación con que os dé
la mano de esposo, y viva
él seguro, y vos contenta,
dando principio a sus dichas;
que yo alcanzaré del rey
la paz que enojado os quita.

DUQUESA: A consejos tan discretos
sólo la admiración diga
alabanzas, siempre cortas,
mientras no son infinitas.
Dadme, don Pedro, la mano.

PEDRO: Vos sois dueño de mi vida.

CARLOS: Y vos, hermosa Vitoria,
cuyo amor al alma mía
ha servido de maestro,
cuyos celos sutilizan
mi cortedad; si admitís
una voluntad sencilla,
dadme la mano, y licencia
que por esposa os admita.

VITORIA: Carlos, yo soy vuestra esposa.

ROMERO: Y yo, quien fue de estas dichas
causa, señora; por ellas,
suspensión de la paliza
y del garrote pretendo.

DUQUESA: Yo os doy desde hoy de por vida
el doblón.

ROMERO: ¿Libre de palos?

DUQUESA: Sí.

ROMERO: Más que una abada vivas.

PRÓSPERO: Nosotros gracias os damos,
señora, por ver cumplidas
tan bien vuestras esperanzas.

PEDRO: Mientras todos solenizan
celos que discretos son,
Amor, que hace maravillas,
dad ánimo a vuestro Tirso,
para que despacio os sirva.

FIN DE LA COMEDIA

Freeditorial